

Cultura y Ocio

DE LIBROS

Un linaje de sombras

Nootboom reflexiona sobre la finitud humana en un conjunto de relatos sobre la muerte y la memoria

LOS ZORROS VIENEN DE NOCHE

Cees Nootboom. Siruela. Madrid. 138 páginas. 16,95 euros.

Manuel Gregorio González

No es frecuente encontrarse libros como éste. Acaso la *Antología de Spoon River* de Edgar Lee Masters, el *Pedro Páramo* de Rulfo, los *Siete sermones* de Jung, o ya muy atrás en el tiempo, la gran literatura admonitoria que va de la *Divina comedia* del Dante a los *Sueños* de Quevedo y las *Visiones y visitas* de Torres Villarroel, Gran Piscator de Salamanca. Quiere decirse que *Los zorros vienen de noche* es un libro sobre muertos. Muertos que acompañan a los vivos, que los interpelean o quizá simplemente los olvidan. ¿A qué, sin embargo, estas páginas de un holandés errante como Nootboom, cuyos libros de viaje gozan de una amplia y merecida fama? No parece exacto acudir a la *Ética protestante* de Weber; y tampoco a un improbable estoicismo. En *Los zorros vienen de noche*, como antes en sus *Tumbas*, lo que figura es una silente celebración del mundo: del mundo como anomalía y también como vertiginosa ruina. Sobre ese despojo se alza el hombre, si por hombre entendemos a una pálida llama devorada por el viento.



Los lectores de Nootboom recordarán *El desvío a Santiago*, *El enigma de la luz*, *El Buda en la*



Cees Nootboom (La Haya, 1933) es uno de los escritores holandeses con más proyección internacional.

empalizada y otros títulos de feliz memoria. En todos ellos, sobre el fondo cultural y el ánimo viajero, prima esta comprensión de lo humano como milagro irrelevante. Aun así, y añadido a lo dicho más arriba, la escritura de Nootboom, su cronismo erudito, nos revela una evidencia fermentada en el XX. Si el XVIII imaginó la paridad entre hombres, si el XIX se abismó en la singularidad de las razas y las naciones, el XX de Eliade y Lévi-

Strauss especuló con el estudio y la comprensión de cualquier cultura, por extraña y remota que resultara a Occidente. En Nootboom, sin embargo, esto ya no es así. Su literatura parte de una esencial extrañeza, que no es sólo extrañeza del mundo, pero también extrañeza de una cultura a otra, de un país al siguiente, de un hombre a su vecino, separado por los misteriosos velos del idioma, de la costumbre, de la memoria y el paisaje. Incluso

Lawrence de Arabia, cegado por el idealismo y la paleografía, apreció esta dificultad insalvable. En *Los siete pilares de la sabiduría*, el caudillo británico se confiesa un falsario, un impostor al servicio de Su Majestad, incapaz de penetrar en el alma de las tribus errantes que pastoreó con éxito en la Gran Guerra, hasta su entrada triunfal en Damasco. El resto de la literatura viajera, desde *El corazón de las tinieblas* de Conrad, no parece

sino insistir en esta pérdida, en esta oscuridad, en una sombra originaria donde lo humano se diluye o se revela.

Volviendo a los muertos que pueblan estas páginas, lo que Nootboom postula como tesis central, como presupuesto último de sus relatos, no es más que una púdica conciencia de la finitud humana. Una finitud, en cualquier caso, que no llega con la extinción del cuerpo amado y de las voces que un día poblaron nuestra vida. Un hombre no desaparece hasta que no se extingue su memoria. Y ése es, precisamente, el tenor y el fundamento de estas páginas. La muchacha que aparece en una vieja foto junto al Palacio Ducal de Venecia; el turista consumido por el rayo; el diplomático holandés que aguardó largamente la muerte en su retiro italiano; la muchacha que atravesó la vida de unos jóvenes y desapareció para siempre en un incendio. Todos estos fantasmas son los que pueblan la memoria, los que conforman la biografía del narrador o narradores de *Los zorros vienen de noche*. Cuando ellos desaparezcan, se habrá dado al olvido una parte imprescindible y trivial de la aventura humana. Vuelvo a repetir que Nootboom es plenamente consciente de esta precariedad biológica. Una precariedad, por otra parte, donde el hombre se forja como breve fantasmagoría y como hecho insólito. Al cabo, no somos más que la suma de viejos rostros amados y antiguas voces –un linaje de sombras–, donde el amor aún dice su misterio.

Camisas tricolores

TRIFULCA A LA VISTA

Nancy Mitford. Trad. Patricia Antón. Asteroid. Barcelona, 2011. 264 páginas. 18,95 euros.

I. F. Garmendia

Hay una galaxia Waugh, como existe una galaxia Woolf, y en ella se inscribe, al margen de sus hermanas, la maravillosa Nancy Mitford. Si los escritores de Bloomsbury eran progresistas y de ideas avanzadas, los no menos selectos integrantes de la *Bright Young People* se acogieron, por lo general, al imaginario conservador, aunque compartían

con sus antecesores una cierta heterodoxia, el cultivo de la ironía y la inclinación por la vida mundana. Las novelas más celebradas de Mitford, dadas a conocer en España por Libros del Asteroide, se cuentan a partir del éxito de *A la caza del amor* (1945), pero la mayor de las hijas de lord Redesdale había publicado otras cuatro en la década de los 30. La tercera de ellas –*Wigs on the Green*, 1935– es una deliciosa sátira del fascismo que no volvió a publicarse en Gran Bretaña hasta 2010 y aparece ahora, con el mismo estupendo prólogo de Charlotte Mosley, por primera vez en castellano.

Fue la propia autora la que se negó a que la novela fuera re-



Una imagen de Nancy Mitford (Londres, 1904 - Versalles, 1973).

editada en la posguerra, debido a las simpatías políticas de dos de sus hermanas –Unity, fatalmente enamorada de Hitler, y

Diana, que se casó en segundas nupcias con el líder (Oswald Mosley) de la Unión Británica de Fascistas, caricaturizados

por Nancy como los “camisas tricolores”– y también, o sobre todo, a que habían ocurrido “demasiadas cosas para que los chistes de nazis puedan considerarse divertidos”. Pese a la íntima amistad que mantuvieron, la ligereza de Mitford es menos corrosiva que la de Waugh –que no provenía de la aristocracia– y tiene más que ver con la de otro gran retratista de las clases altas, el inefable Wodehouse. Tal vez por esta razón, y porque la propia novelista no se había mostrado completamente indiferente a la seducción del Reich o, en fin, porque a las alturas del 35 aún no podían calibrarse todas las implicaciones de la barbarie nazi, Nancy sugiere con lucidez y buen humor lo que en el fascismo había de fatua bravuconada, pero no llega a anticipar, sin embargo, su reverso más siniestro.